

Vargas, Pilar y Suaza, Luz Marina. *Los árabes en Colombia. Del rechazo a la integración.* Bogotá: Planeta, 2007.

Ya que los racistas creen que mezclar las sangres conduce hacia la degeneración, Shakira, tan bella y dinámica, debería ser razón suficiente para que rectificaran. La cantante colombiana, de origen libanés, es todo un símbolo del empuje de las mujeres y de la riqueza del mestizaje. Nadie mejor que ella muestra las aportaciones de la inmigración oriental a su país, analizadas en *Los árabes en Colombia* con el rigor del mundo académico y la amenidad del periodismo. Una de las autoras, Pilar Vargas investiga actualmente esta temática en la tesis *Diáspora del Medio Oriente: el caso de la migración siria, libanesa y palestina a Colombia, 1880-1980*. Por su parte, Luz Marina Suaza, antropóloga de la Universidad de Antioquia, ha centrado sus investigaciones en cuestiones de género.

Nos encontramos ante una mezcla original en la que se intercala el ensayo con el relato novelado. La parte historiográfica aborda las distintas vertientes de la emigración árabe a través de un siglo de prensa de ámbito nacional y local (1880-1980). El estudio toma a los tres pueblos protagonistas en su conjunto, por los fuertes vínculos entre ellos, pero la información periodística es más abundante en el caso sirio, algo menos en el libanés y muy parca en el palestino. Las fuentes orales, mientras tanto, proporcionan espesor humano a las crónicas. Así, gracias a las historias de vida, conocemos los referentes económicos, sociales y culturales de la “diáspora levantina”.

Vemos también las dificultades de los protagonistas en un entorno muy distinto al acostumbrado, con sus distintas estrategias en sus relaciones con la población autóctona. Unos apostaron abiertamente por la integración, es decir, aprender el idioma, nacionalizarse, emplear recursos imaginativos como las donaciones a causas benéficas, a las que el libro dedica un capítulo. Otros prefirieron estar y no estar: hacían su vida en Colombia, pero se sentían del país de origen; por eso seguían hablando árabe dentro del ámbito privado y, a la hora de contraer matrimonio, optaron por enlaces endogámicos. Entre una postura y la otra se daban posiciones intermedias que dependían de si se trataba de emigrantes de primera, segunda o tercera generación.

Las autoras muestran y demuestran el racismo con el que la sociedad colombiana acogió a los recién llegados. Las autoridades deseaban promover la llegada de emigrantes, aunque, eso sí, de unos requisitos muy determinados. Blancos, rubios, y, a ser posible, de alto poder adquisitivo. Hubo también quien rizó el rizo y reclamó, puestos a pedir, un ángulo facial de ochenta y dos grados. En otras palabras, justo el tipo de gente que ni en sueños se planteaba vivir en un país subdesarrollado. A los asiáticos, en cambio, se les miraba con prevención. Se repetían, como artículos de fe, los mismos clichés sobre su falta de higiene, las enfermedades que supuestamente transmitían o su mala fe en los negocios. Se estigmatizaba su religión, su vida privada, hasta la calidad de su sangre y se temía lo peor si se mezclaban con los nacionales. Acabarían

pervirtiendo aún más una raza ya percibida como inferior por determinados publicistas colombianos, sobre todo por sus “numerosos elementos africanos e indígenas”. Por supuesto, todos estos prejuicios estaban basados en la más crasa de las ignorancias. Para empezar, se les denominaba turcos, un término insultante para ellos, víctimas del yugo del imperio otomano sobre su tierra natal. A sus problema como emigrantes, las mujeres unían los derivados del machismo vigente. Un Decreto de junio de 1933 establecía que las que desearan entrar en Colombia sin marido, padres o hermanos en el país, y no realizara un viaje turístico, tenían que solicitar un permiso de entrada al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Entre las distintas facetas de la vida cotidiana en la que se implicaron los árabes, destacó inicialmente el comercio. Pilar Vargas y Luz Marina Suaza, reflejan, recreándose amorosamente en los detalles, que productos vendían y con que publicidad. Se les acusó de ejercer una competencia desleal, pero lo cierto es que sobresalían por su instinto para las ventas. ¡Por algo eran fenicios! Después, cuando ya estaban más asentados, llegó el momento de la participación política. Gabriel Turbay se postuló a la presidencia, Julio César Turbay la alcanzó. En 1990, el 11% de los senadores procedía de familias sirio-libanesas.

Sorprende que estemos hablando de una emigración numéricamente muy restringida, aunque sea la más importante de las que ha experimentado Colombia. Al lector, acostumbrado a noticias sobre movimientos migratorios masivos, le chocará, entre otros datos, que un diario diera cuenta, en 1927, de la entrada de sólo cuatro libaneses. Y, sin embargo, pese a su carácter muy minoritario, los árabes han ejercido una gran influencia en la vida del país, hasta en terrenos como el gastronómico. Ahí están, para atestiguarlo, los quibbes, el tabbouleh o las croquetas de garbanzos.

La investigación, dado los vacíos de las fuentes, deja algunas preguntas por responder. Desconocemos, por ejemplo, por qué las menciones a los árabes prácticamente desaparecen entre 1955 y 1980. A falta de una investigación más detallada, las autoras aventuran una hipótesis: la exitosa integración de los árabes llevó a que se les viera como a unos colombianos más, sin que importara su origen étnico. En Internet, por desgracia, aún es posible encontrar comentarios racistas del tipo “esas ratas del Oriente”, “es un pueblo interesante pero también de doble cara” o “la mentalidad del árabe a su llegada fue una mentalidad de todo para mí nada para Colombia”.

En los apartados narrativos, un personaje ficticio, Amal Abisambra, cuenta la historia de su familia, llegada al país a finales del siglo XIX. La literatura, con la magia y la delicadeza de las palabras, se convierte en el medio más idóneo para hacernos percibir ambientes y estado de ánimo, sueños y frustraciones, las relaciones de género tanto en su dimensión pública como en la privada, con la mujer pugnando por abrirse paso frente a los roles establecidos que la quieren sumisa. La interacción entre Oriente y Occidente aparece con todas sus contradicciones pero también con toda la riqueza que intuimos al imaginar La Marsellesa en árabe bailada a ritmo de cumbia.

Los árabes en Colombia, al dar voz a un colectivo frecuentemente invisibilizado, pretende cuestionar el mito de la supuesta homogeneidad de Colombia. En su lugar, repiensa su pasado no desde supuestos teóricos sobre lo que debería ser, sino a partir de lo que efectivamente es, un mosaico de gran complejidad genética y cultural. Una invitación, en suma, a intentar aprehender la construcción de las identidades en toda su complejidad, sin estereotipos.

Francisco Martínez Hoyos